

Por lo cual juzgo que puede imprimirse, si este fuere el respetable parecer de V. S. I.

Dios Nuestro Señor guarde á V. S. I. muchos años.

León, Julio 8 de 1892.

Alberto Fernández.

León, Julio 9 de 1892.

Visto el dictamen que antecede, concedemos nuestra licencia para que se imprima el Sermón predicado por el Sr. Pbro. D. Gabino Chávez, en la Sta. Iglesia Catedral el día 2 de Julio del presente año, con calidad de que no vea la luz pública sin que primero sea cotejado el impreso con el original por el Sr. Censor. Lo decretó y firmó el Illmo. Sr. Obispo.

M. f. EL OBISPO.

Mateo Alcaráz, Oficial Mayor.



Sermón en el 2 de Julio.

—*Quare tristis incedo dum affligit me inimicus? Emitte lucem tuam et veritatem tuam; ipsa me deduxerunt et adduxerunt in montem sanctum tuum, et in tabernaculum tua, Et introibo ad altare Dei, ad Deum qui lactificat juventutem meam.*
(Psal- XLII, 2, 3 y 4.)

¿Porqué he de andar triste mientras me aflige mi enemigo? Envía tu luz y tu verdad; éstas me han de guiar y conducir á tu monte santo, hasta tus tabernáculos. Y me acercaré al altar de Dios, al Dios que llena de alegría mi juventud. (*Salmo 42, versos 2, 3 y 4:*)

Illmo. Sr.; Ven. Cabildo; Resp. Clero: Amados hermanos míos: Bien comprendéis que no hemos tenido que revolver largo tiempo el código sagrado, para encontrar estas hermosas y profundas palabras; perteneciendo al salmo eucarístico por excelencia, pues forma como la entrada diaria del augusto sacrificio, no solo la tribu sacerdotal las toma á cada paso en sus labios, sino también los simples fieles que acostumbran unirse á la misma liturgia. El Rey-Profeta, sintiéndose agobiado de tristeza ante las tenaces persecuciones de sus enemigos, entrando dentro de sí mismo se pregunta: ¿porqué he de andar turbado é inquieto? ¿porqué he de estar abrumado de tristeza entre las persecuciones de mis enemigos? Y volviéndose al Dios que es toda su fortaleza, y el que parece haberle desechado, si cree á la amargura de su pena, le dice: "envía, Señor, tu luz y tu verdad, ellas me llevarán á la santa montaña, y á los tabernáculos en donde habitas, y llegándome al altar del Señor, Dios quitará de mí la tristeza y remediará mis males, pues es el Dios que me colma de alegría, pareciendo renovar el vigor de mis primeros años, y la lozanía, el contento, el regocijo que son propios de la edad de la juventud." Así, un pueblo

que gime, que lamenta las persecuciones de sus enemigos, que, abrumado por sus penas vive en la desolación y en la tristeza, debería tomar en sus labios las palabras del salmista: exhortarse á la más dulce confianza, acudir á Dios como al único remediador de todos sus males, y pedirle su luz y su verdad para marchar tranquilo á la montaña del calvario, para, de allí, por los tabernáculos de la resurrección y la ascensión, llegar al altar de la gloria, donde en perpetua juventud y en alegría imperturbable, se canta para siempre las alabanzas del Señor:—Mas no es esto todo, cristianos, pues, como David penetraba con sus miradas los ocultos arcanos de la divina sabiduría, aun tocaba con estas palabras, inmensas profundidades, sumergiéndose nada menos que en los abismos de la Divinidad. Haciendo las veces del género humano, perseguido por la rabia infernal de Satanás, y caminando triste y desalentado por entre las tinieblas de la idolatría, reconoce que Dios sólo puede salvarle: "*Quia tu es Deus fortitudo mea;*" espántase de verse desechado por tan largos siglos: "*quare me repulistis?*" mírase hecho presa de la exasperación y la tristeza, ante el enemigo que le tiraniza: "*quare tristis incedo dum affligit me inimicus!*" Y luego, volviendo sus ojos á Dios de quién sólo puede venirle el remedio, solicita, pide, ruega; . . . mas ¿qué pide? "Envía Señor tu luz, y tu verdad" "*emitte lucem tuam et veritatem tuam.*" Y ¿á quién se dirige sino al Eterno Padre á quien conviene el mandar, como origen en la augusta Trinidad? "Manda, pues, oh Padre, tu luz: "*lucem tuam.*" ¿más quién desconocerá en esta luz al Verbo que dijo: "*ego sum lux mundi,*" yo soy la luz del mundo, y de quien declara San Juan que "era la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo? (Ioann. I.) Pide también que mande su verdad, "*et veritatem tuam*" y ¿cómo no recordar lo que decía el Salvador, del Espíritu de verdad que, procede del Padre, (Ioann. XV. 26.) del Espíritu de verdad que, á su venida enseñaría á los discípulos toda verdad? (Ioann. XVI. 13.) Así, pues, el Profeta á nombre del mundo antiguo, pedía aquí la redención; y por medio de estas palabras, (como lo ha notado San Cirilo.) (Lib. 1 in. Ioann.) y San Atanasio. (*Tract, quod Spíritus, non est creatura,* ad Serapionem) con el elocuente San Ambrosio,

[*Apud Lorin hic,*] pedía la venida del Verbo y del Espíritu Santo, aunque con palabras simbólicas y arcanas, como convenía á los tiempos proféticos. Y hoy la Iglesia lo pide con toda claridad, cuando dice: "envía Señor al Cordero, dominador de la tierra; (Isai XVI. 1.) "enviarás tu Espíritu, y las cosas serán creadas." (ex Psalm. CIII. 30, Mas notemos, cristianos, que, ó bien sea la gracia y la misericordia, lo que aquí solicita de Dios el ánimo afligido; ó bien sean las Personas adorables del Verbo y del Espíritu Santo, que ambos se llaman Paráclitos, esto es, consoladores, en el Santo Evangelio, (Ioann. XIV. 16.) ciertos es que se pide bajo el nombre de luz y de verdad, y que se les atribuye que ellas nos guiarán y conducirán: "*emitte lucem tuam et veritatem tuam: ipsa me deduxerunt et adduxerunt.*" Y ¿por qué se piden precisamente bajo estos símbolos? ¿por qué el padre del Bautista, lleno del Espíritu Santo, dice que del "Oriente vendrá á visitarnos para iluminar á los que yacen en las tinieblas y en las sombras de la muerte (Luc. I. 79.) y el anciano Simeón llama al Verbo encarnado, "luz para la revelacion de las naciones? "(Luc. II. 32.)" y ¿por qué el evangelio asegura que para aquellos desgraciados, "*nació la luz*" con la venida de Cristo? (Math. IV. 16.)

Es, porque grandes maravillas, preciosas enseñanzas, hermosas significaciones se contienen en la luz, cristianos, y para declararlas en esta vez, ya que la Luz eterna ha nacido de una Madre, pidamos á la Madre de la Luz, la que necesitamos para penetrar las Sagradas Escrituras, é instruirnos convenientemente en el oráculo propuesto.—*Ave María.*

Pide, pues, primeramente, el pueblo afligido, que Dios le mande su doble auxilio: "envía tu luz y tu verdad"; declara en seguida, el resultado eficaz de este auxilio, para emprender felizmente su camino: "ellas me guiaron y condujeron á la santa montaña;" y anuncia su gratitud inmensa por estos favores: "me acercaré al altar de Dios." Propone desde luego la grandeza del beneficio: "*emitte lucem tuam;*" indica en seguida sus inmediatos resultados: "*ipsa me deduxerunt et adduxerunt,*" y proclama el dichoso fin á que todos se encaminan: "*introibo ad altare Dei.*" Y tales serán, siguiendo la marcha del texto sagrado, los tres puntos de que pre-

tendemos ocuparnos: qué favor tan especial nos ha heecho el Señor en visitarnos, y cómo; qué provechos tan grandes nos han dimanado de ese beneficio, y qué és lo que espera Dios de nosotros en reconocimiento y correspondencia de sus mercedes.

PUNTO I.

Para cada pueblo, h. m., ha sonado la hora bendita en que Dios le ha mandado la luz de la fé, y la verdad de su ley; el Cristo que alumbrá, y el Espíritu divino que santifica; y cuando un pueblo ya alumbrado y dirigido, se aparta de esa luz y tuerce su camino: y cuando la tribulacion lo perturba y las persecuciones de sus enemigos le afligen y entristecen, no tiene que hacer sino pedir de nuevo la vuelta de la luz que lo ilumine cual primero, y de la verdad que le corrija y le enderece; por eso, el grito suplicante del Profeta asciende cada día desde la tierra hasta el cielo, repetido por millares de sacerdotes y de fieles: "Oh, Dios, fortaleza mía, ¿por qué nos rechazas de tu seno? ¿por qué hemos de andar tristes ó inquietos ante el enemigo que nos aflige? Envía, Señor, tu luz y tu verdad, y marcharemos por la fé y la ley al monte del sacrificio, y á los tabernáculos de la nueva vida, para subir á entonarte eternas alabanzas en perpetua juventud ante el altar de oro de la Sion celestial. *Quare tristis. . . . Emitte lucem tuam etc. Et introibo ad altare Dei. . . .* Y el Señor se digna escuchar las preces de sus siervos, y nos manda la luz que nos consuele, con la verdad que nos fortifique. Solamente que sucede con la luz del espíritu lo que con la luz material que nos alumbrá: si del seno de las más profundas tinieblas, pasásemos de improviso á una iluminación clara y perfecta, nuestros débiles ojos no podrían soportar esa brusca transición, y la luz destinada á recrearlos y alumbrarlos, vendría á ser su destrucción y su ruina. ¿Cómo ha obviado pues el Criador tan grave inconveniente? De un modo tan eficaz como sencillo, h. m.: ha formado el crepúsculo. El crepúsculo es esa media luz que va a vivándose ó amortiguándose poco á poco, que va creciendo ó decreciendo gradualmente, preparando al ojo ya á la luz, ya á las tinieblas que deben absorverlo. Así gozamos de la luz

ran curarle, los templos, los sacerdotes, los sacramentos. . . . tal es esta tercera plaga, que por no ir siempre junta con la irreligion y la impiedad, como las otras, ha caído en nuestros dias sobre no pocos católicos de ambos sexos, que se esfuerzan vanamente en conciliar los deberes religiosos con los goces actuales, poniendo á igual altura al teatro, templo de las enseñanzas de Satanás, con el templo cristiano, teatro de las maravillas del Señor, del amor que tiene á sus criaturas!

¿Quién, pues, nos librará de estos males? ¿quién nos sacará de estos terribles abismos? "*ipsa me deduxerunt.*" La luz y la verdad de Dios: hé aquí los únicos remedios.

Todos los demás que el hombre ensaya, son tristes paliativos que no curan, y que á veces, reagran el mal en vez de minorarlo. Jesús, por María, la Luz por medio de la Madre de la luz, el sol, precedido de la aurora, son los únicos que alumbrarán esos abismos, descubrirán los horrores que encierran, y lograrán arrancarnos de sus entrañas: *ipsa me deduxerunt. . . .* ¿Quereis saber ahora, hermanos míos, qué remedios ha puesto la Providencia para la cura ó el alivio de tamaños males? A veces los remedios tienen que ser horribles; y nada oponemos al médico que ataca una erupción con ardientes corrosivos, ó corta hasta lo más vivo con el hierro, ó destruye los tejidos con el hierro candente. Aun una madre sostiene al hijo amado mientras sufre esas torturas, y sirve en ellas de instrumento ó de ayuda si es preciso.

Escuchad, pues, católicos!

En una tarde comienza á llover con insistencia, por la noche la lluvia persevera; más á nadie inquieta, pues nada muestra extraordinario; pero en el espíritu del furor del Señor congregábanse las aguas, (Exod. XV. 8;) en las montañas formábanse torrentes; colmando las llanuras, precipítanse á la ciudad; incapaces de encauzarse saltan sobre los rios, lamen con sus frias lenguas los muros. . . . y, ya lo sabeis! León había sufrido un desastre sin igual en sus anales, y las aguas derribando edificios y sirviendo de tumba á sus habitantes, hacian clamar al pueblo afligido como el Profeta: "Sálvame, oh

Dios! pues que á lo más hondo de mi alma han llegados esas aguas! (1).

El remedio había sido terrible y doloroso; pero proporcionado á los males contra los que se dirigía. ¿Cómo el hombre, hinchado y descreído, no verá la mano de Dios en los acontecimientos, por naturales que sean? ¿Cómo el cristiano, apegado á los bienes de la tierra, no abrirá los ojos á tanta luz, viendo cuán pronto pasan, cuán de improviso desaparecen, muebles, adornos, útiles, edificios? ¿Cómo el sensual, que en todo busca goces, no se estremecerá ante tamaños sufrimientos, y no pensará en aquellas tremendas compensaciones de que habla el evangelio? “tú, le dice á un rico caído en el infierno, tú, durante tu vida, recibiste bienes, y Lázaro, el mendigo, leproso, recibió males; pues hé aquí la compensación: éste está ahora lleno de consuelos, y tú eres eternamente atormentado?” (Luc. XIV. 25.)

Así, la humillación y la ruina, remedio en este caso del egoísmo; la pérdida de todos los bienes temporales, remedio aplicado al positivismo; el sufrimiento y las angustias, remedio enderezado contra el sensualismo. *Ipsa nos deduxerunt.* “ellas nos sustrajeron”. . . . Pero ¿nos han curado su realidad? Es de creer que el alivio ha sido grande, pero solo el Señor, que “hizo curables á las naciones,” (Sap. I. 14.) puede plenamente conocerlo. Y además, al remedio de la inundación ha añadido el remedio de la persecución, y el remedio de la penuria pública. La persecución, dice San Gregorio, es la vara que Dios toma en la mano, para sacudir el polvo que á la túnica de su Iglesia se pega, á su paso por el mundo terreno: la persecución desprende el corazón de los bienes terrenos, nos une á Dios que sólo puede remediarla, y nos disgusta de las vanidades y de los placeres de los sentidos. En cuanto á la escasez y la penuria pública, remedio son también, no lo dudéis, cristianos, remedio del sensualismo y de los otros males. Desde luego, la escasez de los bienes temporales, por una armonía providencial, truécense en abundancia de dones espirituales: en los necesitados, da lugar á la penitencia, á la resignación y á la conformidad

[1] *Domine, salvum me fac, quoniam intraverunt aquae usque ad animam meam.* (Psalm. LXVIII. 2.)

con el divino beneplácito; alumbrada para conocer la nada de las cosas de la tierra; hace buscar al Señor con más fé, y llamarlo con más confianza, produce las bellas flores de la humildad y la paciencia. En los favorecidos contra el azote, hace germinar el desprendimiento de los bienes caducos, la compasión, para con los miserables, la caridad, que produce la limosna: una de las obras más grandiosas y salvadoras que el cristianismo ha traído á la tierra; y por eso ha dicho el Salvador, que nunca faltarán los pobres de empedio de los cristianos, “*semper pauperes habetis vobiscum.*” (Math. XXVI 10.) porque nunca quiere que falte de ellos la compasión, la caridad y la misericordia. Y estas virtudes son, cabalmente, las que producen en nosotros la luz y la verdad, y las que nos llevan á la santa montaña; “*et adduxerunt in montem sanctum tuum,*” por la cual entienden los Padres, la Ley santa del Señor y sus justísimos preceptos. (1) De suerte, que no solo nos arrancan de lo malo, y nos apartan de los precipicios, sino que también nos inclinan á lo bueno, nos alumbran el recto sendero y aun nos dan fuerza para marchar por él. Mas así como David pedía llegar primero á la ciudad de Jerusalén significada por la montaña sobre que estaba edificada, y luego pasar á las habitaciones ó tabernáculos, para llegar finalmente al interior, al altar santo donde adoraba al Dios de su juventud; así, después de ser conducidos nosotros al monte de la ley y á los tabernáculos de las virtudes, todavía anhelamos por subir aún más alto, y por eso gritamos con el himno sagrado: *et introibo ad altare Dei, ad Deum qui laetificat juventutem meam:* me internaré hasta llegar al altar de Dios, al Dios que colma mi juventud de alegría.

PUNTO III.

¿Qué significan, pues, esas últimas palabras?

—El altar tiene muchas significaciones en las sagradas Escrituras. Unas veces significa nuestro propio corazón en el que Dios se encuentra, y sobre el que le hemos de inmolar, como víctimas, nuestras propias pasiones; y á este al

(1) Chrisost. et esich. Hapud Lorin, hic.

tar místico, á este sacrificio íntimo, cuya ofrenda es el corazón contrito y humillado; “Dios no lo despreciará,” (Psalm. L.) De suerte que llegar á este altar, es acercarnos á lo profundo del corazón para que Dios sea exaltado, (1) como dice el Salmista; es reconocer nuestras faltas y llorarlas con dolor verdadero, es agradecer los divinos favores, y corresponder con nuestro amor y servicio al que tanto bien nos hace.

—El altar significa al mismo Jesucristo; porque “así como todos los sacrificios carnales se ofrecían en el altar material, así todas las oraciones se ofrecen por Jesucristo; (2) dice el Angélico Doctor.

—El altar es también el altar eucarístico, y “por estorecitan este salmo los sacerdotes cuando á él se acercan, por que las dos cosas que aquí se indican, la alegría y la renovación espiritual, son indispensables á los que anhelan por llegar al altar de los cielos. (3)

—Significa, pues, también, el altar de la gloria, de que habla el Apocalipsis, (Apoc. VIII, 3) ante el cual un ángel ofrece como un incienso oloroso las oraciones de los santos. Mas el Profeta no se contenta con subir al altar de Dios, sino que quiere llegar á Dios mismo, porque, como explica admirablemente santo Tomás, “*Altare designat humanitatem Christi. . . . Sed quia non est quies in humanitate ideo ulterius tendit ad divinitatem* (In h. Psalm) siendo hechos para Dios, y siendo Dios nuestra bienaventuranza, no encuentra nuestra alma el pleno reposo ni aún en la humanidad de Jesucristo, por alta, por noble y por gloriosa que sea; y por esto se lanza con ímpetu hasta lo más alto de la Divinidad “*tendit ad divinitatem,*” de suerte que es Dios, Dios mismo en la visión y posesión de la gloria, á donde el alma se dirige, y allá, puede ofrecer, ante el altar eterno, el sacrificio de alabanza y gratitud con que el Señor se dá por tan honrado: “*sacrificium laudis honorificabit me.*” [Psalm XLIX. 23.] Y por eso los bienaventurados acompañados de

[1] Accedit homo ad cor altum, et exaltabitur Deus. (Psalm, LXIII. 7.)

(2) Quia sicut omnia sacrificia carnalia offerebantur in altari, ita omnes orationes offeruntur per Christum. [D. Thom. in h Psalm.]

(3) Id. ibid.

sus cítaras cantarán en el cielo: Hicístenos, Señor, Reino y sacerdotes, y reinamos. [Apoc. V. 10.]

Mas entretantas y tanbellas significaciones del altar, yo veo, cristianos, que los Padres y Doctores aun han señalado otra que abrazo aquí con entusiasmo. Porque San Metodio, llama á María, nuestra Señora, “altar animado del pan de la vida;” (In Purific. B V.) San Prócilo, “altar de los holocaustos;” (Orat. 6.) San Andrés Cretense. “altar de oro,” [Cant. in Concept. B. V.]

Alberto-Magno, “altar construido en la Concepción, dedicado en la Encarnación y trasladado en la Asunción” (Bibl. Mar. super lib. Josue) y Ricardo de San Lorenzo, dice, que ella es el altar de propiciación de que habla Isaías, [Is. LX. 7.] porque el Señor se aplaca y se vuelve propicio hacia los pecadores cuando sobre este altar ofrecen sus sacrificios y sus dones. [De laud. V. lib. 16.] Así, á h. m., el acercarse á Dios y al altar de Dios, es llegar á Jesucristo por María, es entrar al culto eucarístico por el culto de la Virgen inmaculada; es volver á la luz del sol, saliendo de las tinieblas de los vicios, por medio de la aurora; es adelantar en el camino de nuestra santificación por el culto, el honor y la imitación de la Madre Santísima de la Luz. Sí, cristianos: y advertid que llegamos de este modo al Dios que alegra nuestra juventud, no la del cuerpo, sino la del espíritu renovado; al Dios que alegra y regocija nuestra misma alegría, como dice admirablemente el texto hebreo; [1] porque en efecto, el culto de María y el culto eucarístico constituyen la dicha, el encanto, la alegría y el consuelo del cristiano; el mes de María es el mes de la alegría, sus fiestas alientan los corazones, y sus templos atraen las muchedumbres; sus altares se visitan con regocijo, y sus imágenes, sus dulces y tiernas imágenes, y aun más ésta, que vincula maravillosas tradiciones, forman el embeleso, el hechizo de las almas piadosas, que á sus plantas se alivian de sus penas, y ven secar sus lágrimas, y se sienten revestidas de nueva fortaleza para llevar la dura cruz de las persecuciones. Cuando los Macabeos escribian á los pueblos extranjeros para hacer con ellos pactos de alianza, les decían: por

Ad Deum laetitiam exultationis meae. Hieron.

fraternidad y amistad procedemos en este modo; “pero de nada de esto necesitamos, teniendo en nuestros Libros Santos todo consuelo;” [I. Mach. XII. 9.] nosotros cristianos, no necesitamos tampoco hacer alianza con los hijos del siglo; porque además de los Libros Santos, tenemos una Madre, toda luz, toda consuelo; una Madre que es el altar de Dios, del Dios autor de toda nuestra alegría del Dios que renueva nuestros años, haciéndonos gozar, en las delicias de su servicio, todo el gozo y el encanto, todo el brío y el contento de la juventud: *introibo ad altare Dei, ad Deum qui laetificat juventutem meam.*

Y este es el agradecimiento que el Señor y su santa Madre esperan de nosotros por sus grandes beneficios; esta la correspondencia que debe reconocerlos; aborrecer las tinieblas que hoy envuelven al mundo, y venir á la luz por el camino de la verdad, pues, que, como dice el Salvador, *qui facit veritatem, venit ad lucem*, [Joan III. 21,] el que obra la verdad, llega á la luz; la pureza de las costumbres será el custodio de la luz de la fé; y el culto, la devoción y el amor á la Madre Santísima de la Luz, os preservarán de caer á los abismos tenebrosos de que hablamos, y que no son sino la manifestacion de la soberbia, de la avaricia y la lujuria, tres vicios que embrutecen hoy al hombre y arruinan á los pueblos. Amad á María; su amor ennoblece y eleva, así como el amor á las cosas terrenas y de los deleites groseros rebaja y envilece. Dejad que el mundo nos burle ó nos censure; si el mundo no conoce los encantos de una Madre, y el gozo santo de que inunda á las almas, el mundo es digno de compasión y de lástima, y debemos pedir que algún día sea alumbrado entre las tinieblas que le cercan, por los rayos benéficos de la aurora de los cielos.

Illmo. Sr.: á Vos, augusto representante de Jesucristo sobre la tierra, y que teneis el lugar elevado de Jefe en la milicia de la Iglesia, como puesto por el Espíritu Santo para regirla, (Act. XX. 28.) á Vos os puedo también dirigir el clamor del Profeta: “*emitte lucem tuam et veritatem tuam;*” envidad por vuestra Diócesis la luz y la verdad de que sois depositario: la *verdad* de la doctrina por la predicación, nombrando ministros de la palabra, que la derramen por todas partes como lluvia fecundante; la luz del ejemplo que os

haga aparecer como la *forma del rebaño*. Si bien habeis esparcido ya sus rayos, renovando en esta ciudad visitada por la miseria, el tierno espectáculo de los agapes de los primeros cristianos, y haciendo más accesibles, en otras, á los pobres, las semillas de primera necesidad para el pueblo. El Señor derramará sobre vos, las preciosas bendiciones que el salmo cuadregésimo promete al varón misericordioso, y entre ellas, aquella que la Iglesia solicita para su Pontífice supremo en sus hermosas preses, y que hoy á nombre de vuestra grey y de vuestro clero pediremos por vos. *Dominus conservet eum, et vivificet eum et beatum faciat eum in terra, et non tradat eum in manu inimicorum ejus. Amén.*

